

TAVO SÁNCHEZ GALARRAGA

RABESCOS

ARTICULOS Y CUENTOS

LA HABANA

MCMXX

Sanchez Galarraga, Gustavo

ARABESCOS

La Habana
1920.

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

La fuente matinal. Poesías (Agotada.)
Lámpara votiva. Poema. (Agotada.)
La barca sonora. Poesías. (Agotada.)
El jardín de Margaria. Poesías.
Copos de sueño. Poesías.
Motivos sentimentales. Poesías.
Excelsior. Poema. (Agotada.)
Glosas del camino. Poesías.
Momentos líricos. Poesías.
La copa amarga. Poesías.
Cromos callejoros. Sonetos.
Cancionero de la Vida. Poesías.
Recogimiento. Poesías.
Flores de agua. Poesías.
Triptico heroico. Poemas americanos.
Oblación. Canto a la Patria.
El remanso de las lágrimas. Poesías.

OBRAS DEL AUTOR (*Suit*)

Tono menor. Poesías.
Cancionero español. Poesías.
Mirra ardiente. Canto a España.

PROSA

El arte teatral en Cuba. Conferencia.
Un poeta crepuscular. Conferencia.
A flor de piel. Frases.
Arabescos. Artículos y cuentos.

TEATRO

TOMO I. *La verdad de la Vida.* (Comedia en dos actos.) — *La máscara de anoche.* (Fuguete cómico en un acto.) — *La vida falsa.* (Comedia en dos actos.)

TOMO II. *El mundo de los muñecos.* (Comedia en dos actos.) — *La princesa buena.* (Poema dramático en un acto.) — *El héroe.* (Comedia dramática en tres actos.)

OBRAS DEL AUTOR (*Suit*)

TOMO III. *El buen camino.* (Comedia en dos actos.) — *Compuesta y sin novio.* (Entremés.) — *Conferencia contra el Hombre.* (Monólogo.)

TOMO IV. *La última corrida.* (Monólogo.) — *Carmen.* (Drama en cuatro actos.) — *Dos de Mayo.* (Monólogo.)

TOMO V. *El último areito.* (Areito siboney en tres jornadas.) — *El filibustero.* (Drama romántico en tres actos.) — *Sangre mambisa.* (Episodio trágico en un acto.)

TOMO VI. *La sacrificada.* (Comedia dramática en tres actos.) — *Lo que traen los Reyes.* (Boceto dramático en un acto.) — *Los hijos de Herakles.* (Tragedia en tres jornadas.)

GUSTAVO SÁNCHEZ GALARRAGA

ARABESCOS

ARTICULOS Y CUENTOS

LA HABANA

MCMXX

LIMINAR

¡ Palabras !... Eso es este libro decorativo y banal como un arabesco. Palabras bonitas, goteadas como gotitas de color, en el vaso obscuro de la Vida. Amables melancolías de otoño, rojos capullos de primaverales amores, legendarias evocaciones de príncipes de cuento y de princesas de balada ; ¡ imágenes de cromos iluminados que se barajan entre aguafuertes de nuestra vida de ahora ! ¡ rotos pedazos del prisma revueltos en Kaleidoscópica *confusión!... Los cristalitos de colores os irán fingiendo paisajes, escenas y figuras de maravi — lla y*

y encantamiento ; pero, a un golpe leve de vuestra mano, todo pasdrá como por ensalmo... ¡ Fugitivas serán vuestras visiones !... ¡ Fugitivas como la Vida, y como nosotros mismos !...

G. S. G.

MOTIVO DE OTOÑO

¿ QUIÉN ES OCTUBRE ?

Octubre es aquel caballero de hebras grises y traje de corte inglés, fino bastón en el puño y tóral encorvado por la edad, que pasa todas las tardes por el parque melancólico donde se mueren las rosas y las hojas caen.

Octubre es aquel caballero que aún siente crepitar, en la urna pagana de su corazón, las viejas chispas de los amores primaverales ; ¡ aquellos que dejaron como un dulce sabor de vino en la rosa carnal de sus labios !...

Octubre es aquel caballero que lleva una flor tardía, una rosa de otoño, prendida al ojal de su

levita, y una ilusión, tardia también, tardía también de otoño, perfumando la madurez de su espíritu, perpetuamente enamorado.

El caballero sueña, entre rosas pálidas y hojas secas, con un nuevo amor, acaso el último ; sueña con unos labios rosados de virgen, unas pupilas interrogantes y ansissas, y unas manos albas, liliales, que aún no ardieron en la sagrada fiebre.

Pero esas manos no dormirán en el nido de las suejas, — doctas en la efusión amorosa, sabias en los tactos del cariño —, como palomas que descansan entre hojarascas otoñales ; esas pupilas no se abrirán ante sus pupilas para darles su luz mejor, la más dulce, la más confortante, la más entrañable ; y en aquellas rosas humanas no beberán sus besos, como abejas sedientas, la divina miel.

Vendrá la Juventud, vendrá el caballero de Abril, el galán florido y bello, y se llevará a la virgen, a la rosa tardía gue se prendió el cabal-

lero de otoño. I él la verá partir, sereno, impasible, resignado, porque todo lo comprende y lo perdona todo, con esa man — sedumbre melancólica conque ven los viejos árboles de su parque favorito caer las hojas de sus ramas y morir las rosas a sus pies.

I un día... no, una tarde, un crepúsculo, uno de esos ocasos que parece que no van a acabarse, el caballero pasará más curvado que nunca, mas distraído que otras veces, porque ya se habrán apagado las últimas chispas, habrán huído las postreras golondrinas y habrá muerto en sus labios el viejo sabor de los vinos de oro. ¡ Ese será el primer atardecer de invierno para el caballero de las habras grises !...

DE LA VIDA

MOMENTO DE AMOR

Blanca habitación de soltero Por una ventana abierta al horizonte se percibe la diafanidad del azul sin manchas, en esa hora serena y bella, en la transición del mediodía, rico de luz, a la tarde, lánguida y muriente Dentro del cuarto, las paredes se miran consteladas de pequeños cuadros — paisajes, fantasías, visiones de Historia —, y acuchilladas de puntiagudas banderas donde se leen rótulos que hablan de cosmopolitas comarcas estadounidenses : Boston, Filadefia, Washington... Bajo la lámpara que derramó su luz templada sobre tantas horas de estudio y tantos momentos de ensueño y de qui-

mera, se destaca una mesa ancha, recia, almenada de libros que hablan, unos de áridas disciplinas de la Ciencia, otros, de amores y melancolías, esperanzas y recuerdos.

En ese ambiente es donde irrumpe, una puesta de sol, la blanca figura de una niña : ojos dulces, labios rosados, pechos núbiles... I con la joven, acaso penetra el duende azul, el niño de pupilas ciegas y aletas de ángel ; porque ante las banderas y los cuadros, mal esquivados de la ventana abierta al horizonte, cerca de la mesa ancha, atestada de libros, la figura femenil y adolescente, y el cuerpo, todo juventud y fuego, del morador de la alcoba, se funden casi, porque el contracto divino de un beso les acerca. ¡ Instante inefable ! Acaso las imágenes de las paredes mueven los párpados con deleite, y el guerrero de la visión épica depone el sable purpurado de sangre humana, y las banderas se sienten acariciadas por una brisa suave, nemorosa, que las hace ondular quedamente...

I, sin embargo, después, ella llora, arrepentida, y él filosofa, claudicando de aquel minuto divino. Moral cristiana, moral nuestra, ¡ cómo abjuras de las horas que traen un resplandor a la obscuridad de la vida y una ráfaga de belleza y de ilusión a la frente circuída por el hastío gris de la existencia !

Niña de rosados labios : ¡ no llores ! Filósofo de diez y siete años : ¡ no reniegues ! Pasó el Amor, la Belleza, por vuestro lado, y vosotros fuisteis a ellos. Arrepentíos de las horas en blanco, de las noches de luna en que os sentasteis a meditar en un cálculo financiero o en cualquiera otra preocupación prosaica ; pero jamás de la hora del amor y del ensueño, en que estabais cantando una canción de poesía que se interrumpió por la caricia divina de un beso...

VIEJO TAPIZ

LA ROSA PRODIGIOSA

La hija del monarca quería una rosa, perfumada como sus labios, pálida como sus manos. Pero la escarcha y la nieve todo lo cubrían con una inmensa sábana de monotóna blancura. No había rosas, no había flores, ni siquiera el más leve musgo. I, sin embargo, ¡ la hija del monarca quería una rosa !...

Pasó una viejecita por su lado. Si el vestido de la princesa estaba tejido con hilos de oro y plata, el de la viejecita era unos miserables harapos. En mitad de la frente de la niña lucia una perla. En mitad de la frente de la anciana

se abría una arruga. ¡ Qué bonita era la perla ! ¡ Qué triste era la arruga !

I la viejecita abrió su boca plegada, para decir : « princesita de la perla blanca y de los ojos azules, como tienes piedad en la mirada, ten piedad en el corazón... Princesita de la perla en la frente : ¡ ten amor de caridad para la viejecita de la arruga »...

I la princesa que quería una rosa, miró a la vieja del amor de caridad. I la princesa que quería una rosa se desprendió suavemente de la perla, que presto besó en la palma de su mano la viejecita de la arruga. Su mano parecía una concha amarilla de la perla.

I desgranó bendiciones, mientras se alejaba : « ¡ Así la Madre de los ángeles te bendiga ! ¡ Así los serafines te acompañen ! ¡ Así el Padre bueno que murió en la cruz te conceda cuanto sueñes, hasta los imposibles ! »...

Cuando, a poco, y con la más profunda fascinación, vió la princesa, entre la sabana de

nieve de monótona blancura, florecer, como una mancha de sangre, una rosa... La viejecita iba ya muy lejos, y la princesa, absorta, maravillada silenciosa, tomó la flor, y puso, devotamente, sobre la rosa encendida de la nieve, la rosa pálida de sus labios...

PAISAGE DE ABANICO

EL JUGLAR

En los frondosos jardines del castillo del Conde de Altamarino, se detuvo el carro que conducía a la caterva de cómicos de la legua, para que descansarau de la fatiga del viaje bajo los corpulentos árboles que crecían casi salvajamente en los limites de la vieja mausión feudal.

Al advertir la servidumbre del palacio la presencia de aquellas gentes, pensaron rogarle al Conde que accediera a que penetraran en el jardín y les ofrecieran una reprensentación. El noble señor accedió al deseo de sus criados y los

cómicos invadieron el parque para levantar en él su tingladillo.

No veía con malos ajos todo aquello el Conde, porque así tendría diversión por esa noche una hija suya, llamada Gilda, joven muy hermosa, pero de carácter melancólico y triste.

Llegó al fin la hora de la representación, y todos los habitantes del castillo, sentados en cómodos butacones, colocados de expropeso en el jardín, esperaban impacientes la subida del telón.

Gilda también estaba allí, toda vestida de blanco y con la rubia cabellera destrenzada, que cubia la luna con sus pálidos rayos. ¡ Qué poético contraste formaban aquellos cabellos de oro rodando sobre la nítida blancura del traje ! ¡ Parecían los primeros destellos del sol mezclándose con la última claridad del alba !

Lo que más agradó a la concurrencia fueron los bailes y las canciones de un juglar, vestido con un traje lleno de picos, de cascabeles y de

colores. Era un ente de aspecto cínico, pero de rostro simpático.

Una vez terminada la representación, los cómicos, tras un breve descanso, emprendieron nuevamente la marcha. Dieron le las gracias al Conde, que les pagó en buenas doblas sas trabajo, y, una vez recogidos todos sus cachivaches, subieron de nuevo al carro y partieron.

Gilda, al verse sola, sin darse cuenta de lo que le pasaba, sintió, de pronto, mojado su rostro por una lágrima ardiente como una gota de fuego, que abrasaba su mejilla, al resbalar por ella. ¿ Qué le ocurría ? ¡ La propia Gilda no acertaba a eplicárselo !

¿ Acaso aquel juglar, aquel ente cínico, había subijugado su corazón ? ¿ Qué encanto pudo encontrar una alma toda luz en un espíritu de cieno ? ¡ No ! ¡ Aquello era absurdo, era imposible ! ¿ Impossible ? ¿ Entonces, aquella lagrima ?... ¿ Mienten las lágrimas también ?...

¡ Quién sabe ! En tanto, Gilda, asomada a

su ventana de románica arquitectura,contemplata, a los plateados reflejos de la luna, la caravana de los cómicos que se alejaba cada vez nias, y la figura del innoble juglar que, de pié en lo alto del carro, se llevaba su alma pura y tierna confundida entre sus cascabeles y sus carcajadas...

DE MIS TÓPICOS DOLIENTES

NOCHEBUENA

I

¡ Nochebuena ! Noche de luna, noche de alegría y de amor. La ciudad está azul, con el resplandor del cielo. Bulle, por todas sus calles, con zumbidos de colmena : de una colmena trasnochadora y loca. Como grandes cocuyos, pasan los autos, con sus ojos de luz. En ellos se destacan rostros de mujeres, y van dejando a su paso como una estela de ruido, de vértigo, de frenesí. ¡ Noche de luna ! ¡ Noche de alegría ! ¡ Nochebuena !

II

Acabamos de cenar, juntos y solos, en el reservado de un café. Ella *es casi una niña y dice que es mía, sólo mía. Jura que me ama, y yo no juro nada ; pero la miro a los ojos negros y soñadores, a la boca rosada y fresca y al obscuro manojo de los cabellos, y en mi mirada hay todo un poema de ternura, poema mudo, pero inmenso. Cuando la cena acaba, la acompaño a su casa. Paramos ante la puerta, la puerta se abre y ella va a internarse, pero la detengo y le pregunto : « ¿ mía ? ¿ sólo mía ? « Sóló tuya » : murmura ella, y la puerta se incrusta, con golpe seco, en la moldura de madera. I yo siento que es más azul la noche, y más alegre la ciudad, y más buena la nochebuena, aquella nochebuena tan azul, por obra y gracia de la madrina luna...*

III

Quedo unos minutos en la esquina de la casa. I desde allí contemplo aquella puerta obscura que se interpuso entre nosotros. Miro su reja, su reja florida, de caprichosos arabescos, y pienso, bajo la luna, en el viejo encanto deas serenatas de amor. Las dulces palabras reaparecen en mi alma — « ¡ tuya ! ¡ sóló tuya ! » — y las paladeo con amorosa voluptuosidad. Cuando, de pronto, la puerta torna a abrirse, y una silueta femenina surge del marco en sombra y diviso que es ella, la mía, la sóló mía, *como mintieron sus labios. Sale, de su casa para ir quién sabe a dónde, y yo la dejo partir, sin interceptarle el paso, sin segurrle las huellas, ¡ sin partirle el corazón ! I, trémulo, conmovido, deshecho, la veo alejarse sigilosamente, bajo la claridad*

maravillosa de la luna. I en ese doloroso minuto, como una ironía amarga, como un sarcasmo punzante, el viejo tópico reaparece en mi espíritu, y la frase común, pero única, se prende, como harapo descolorido, a mis labios : « esta noche mala, de desencanto y dolor ; esta noche mala, es nochebuena...

DE LA VIDA AMARGA

LA CULPA

Estábamos en el gabinete de estudio del doctor Morín. Largas estanterías de libros decoraban las paredes y algún que otro aparato clínico destacaba su complicada osamenta, convenientemente guarecido entre cristales. — Io os digo que nadie debe condenar a nadie, porque el mejor de nosotros merecía estar en la cárcel: exclamó el doctor, después de encender su gran tabaco y propinarle dos ávidas chupadas.

Nosotros nos quedamos asombrados ; pero él, sin repararlo, prosiguió : — I como para los viejos nada hay tan grato como recordar,

aunque sean amargos los recuerdos, voy a refrescar ante ustedes memorias de juventud. Volvió a colocarse el habano entre los labios, y, tras una gruesa bocanada, empezó a urdir de esta forma la tela de sus recuerdos : — Fué en mis tiempos de estudiante, cuando mi abdómen era menos desproporcionado, mis ojos más vivos y decidores, y mis cabellos obscuros como el ébano : ¡ hoy ya son un poco de ceniza y nieve !...

Conocí a una pobre muchacha, de quien me enamoré románticamente. Vivía con una tía anciana, en un cuarto modesto y humilde, enclavado en el tercer piso de una vieja casa, de aspecto colonial y feo. El cuarto, sin embargo, tenía un balcón, un balcón pequeño, que ella atestaba de macetas con flores : ¡ ingénuo detalle que ponía un toque de gracia en la vetusta fachada del edificio colonial !

Margarita — así se llamaba mi novia — tenía el carácter tan romántico como yo, y era

de vernos, cogidos del brazo, dándonos interminables paseos bajo las arboledas sombrías, o junto al mar., en las noches de plenilunio... Con su tía detrás, desde luego, porque Margarita era un joven muy honesta ; por eso me sorprendió tanto el epílogo de su vida.

— Pues qué, ¿ acabó de mala manera ?, interrumpí yo.

El doctor tornó a fumar, y repuso : — Vamos despacio, joven ; no quiera apresurarse desmasiado.

Mi familia — continuó — tuvo noticia del idilio. Mi madre, y mis hermanas, principalmente, temieron que me dejase embaucar por aquella ilusión de la juventud, y, por consejo de ellas, mi padre me propuso un viaje. Un viaje, cuando se frisa con los inquietos veinte años, es una golosina tentadora, irresistible. Por no cansarles, una linda noche de Mayo, le dije adiós, como siempre, a Margarita, y no volví a verla más. A los dos días, tomé el vapor con

rumbo a tierras lejanas, en pos de nuevas ilusiones y nuevos amores.

No volví a saber de mi amada. Ni siquiera pregunté por ella a mi regreso. El corazón sentía no sé qué vago temor de evocar su nombre. Una tarde me resolví a pasar por su calle. La casa colonial era la misma. Miré al balcón, y lo ví sin flores ni macetas. ¿ Qué había sido de Margarita?

Transcurrieron unos años. A la sazón era yo estudiante de Medicina. Diariamente asistía a verificar por mi propia mano — con honda repulsión entonces — la autopsia de los cadáveres, cortando y tajando en carne fría y muerta. Una mañana, al penetrar en el fúnebre recinto, me detuve ante una mesa, y al posar en ella mi vista, sentí que el corazón se me paralizaba y que un turbión de gotas de fuego me fluía a los ojos. Tenía delante de mí, inmóvil y rígida, a Margarita, muerta quién sabe por quién, quién sabe cómo... No era la misma. Se adivinaba

en su rostro la huella de una vida de locura y de dolor : aquella infeliz había rodado muy bajo y había sufrido mucho. No recuerdo lo que sentí en aquel instante ; pero con un movimiento casi instintivo, huí de la muerta, y con la faz des encajada y las pupilas fuera de las órbitas, salí a la calle... Io había asesinado a aquella mujer. Su caída, su dolor y su muerte, eran, obra mía. I sin embargo, yo era un hombre honrado para todos : para ustides, para la sociedad y ¡ pasta para mí mismo !. .

El doctor, al llegar a este punto, enmudeció. Una nube de pena sombreó su rostro y un leve rictus de ironía contrajo su boca. Por centísima vez chupó su habano, y, más sereno, ya, charlamos de otra cosa.

TEATRO BREVE

LAS DOS FEAS

La escena ocurre en la galería de una casa elegante. Ana y Rufina se balancean, lánguidamente, sobre dos mecedoras de mimbre. Son loque, despiadadamente, se denomina dos mujeres feas. Amplios toldos verdes se derraman de columna a columna, dejando adivinar tras sus resquicios y junturas un sol de gloria. La brisa caldeada del mediodía se cuela furtivamente en la estancia, arrastrando hasta ella todos los rumores misteriosos gue exhalan las plantas y flores del jardín. Se abre el telón.

Ana. — ¿ Fuiste anoche al baile ?

Rufina. — *¡ Más me valía no haber ido !*

Ana. — *¿ Por qué?*

Rufina. — *¡ Me aburrí tanto !...*

Ana. — *¿ No se acercó a tí tu primo?*

Rufina. — *No. ¡ Había tantas muchachas !...*

Ana. — *¿ Ni?...*

Rufina. — *(Interrumpién dola vivamente.) ¡ Tampoco !*

Ana. — *¡ Qué hombres !... (Momento de silencio. Ana lanza un suspiro y se queda inmóvil. Rufina dobla la cabeza, cuenta las varillas de su abanico y exhala otro suspiro. Al fin, se reanuda la conversación.)*

Rufina. — *I tú, ¿ fuiste a misa esta mañana?*

Ana. — *Fuí.*

Rufina. — *¿ Quedó bien la fiesta?*

Ana. — *Onuy bien.*

Rufina. — *I él, ¿ no fué?*

Ana. — *Sí. Pero, al salir, no se acercó a mí. Iba acompañando a otra.*

Rufina. — *¡ Tienes razón ! ¡ Qué hombres !*

(Dos nuevos suspiros. Atro silencio más prolongado. Las dos feas lloran sin lágrimas. Cae el telón.)

. . . .

¡ Pobres feas !... ¡ Pobres soñadoras que con una alma llema de ternura, pasan por la vida suspirando siempre, lo mismo que Ana y Rufina, porque él *nunca se acerca a ellas, porque* él *se va con otra !...*

Este él, *es el Amor ; ¡ el Amor que pasa sin mirarlas !...*

ANTE UNA LAPIDA

RUBEN DARIO

Ruben Darío ha muerto. Después de una vida relativamente breve, pero intensamente vivida, fuéa exhalar su último aliento a León, a la casa solariega de los Darío. La mansión que le vío nacer, aquella donde se deslizó su infancia, presenció la agonía del poeta, sellando así, con un mismo sello de amor, las gratas páginas del idilio y las dolorosas de la elegía.

Ruben Darío ha muerto. Pero, ha muerto cuando la revolución literaria que el inició ha dado abundante fruto; cuando ha cumplimentado integramente su labor poética ; cuando su

obra discutida y rara se ha coronado de plenitud, y ha cristalizado en sus versos lo más selecto de su alma.

No cayó asi nuestro admirado Julián del Casal, promovedor con Darío, con Gutierrez Nájera y con Martí, del movimiento que comunmente se denomina modernismo. *Casal fué bruscamente arrelatado, cuando la flor de su espíritu doloroso y enfermo se abría, cuando la gloria engañadora murmuraba en su oido su más dulce promesa. Así desapareció Juana Borrero, su compañera de tristeza, su hermana de ideal, su novia de ensueño ; y así, René López, casi olvidado ya...*

Darío no. Tanto en prosa como en verso deja una obra íntegra, maravillosa y única, lapidada por nuestra Madre la Retórica y nuestra señora la Academia, exaltada por la Juventud y la Crítica sin prejuicios fósiles y consagrada por la admiración popular que recita los versos de la Princesa pálida enamorada de una ilusión,

o los de aquella triste hetáira que quería ser una Margarita Gautier, *o los de la Marquesa Eulalia, toda siglo XVIII y toda malignidad femenina, que* risas y des víos.

daba a un tiempo mismo para dos rivales,
el Vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales...

Darío fué, ante todo, un poeta « cerebral ». Su rica « fantasía », su poder ideologica y su fuerza introspectiva, son las cualidades que deslumbran en él. No fué un emotivo, como Nájera, como Martí, como el mismo Casal, sus análogos en tendencia estética. Las virtudes fundamentales de la producción de Darío hay que buscarlas en el ritmo de sus versos, en la luminosa policromía de su estilo, en la fuerza plástica de sus imágenes, en su poder de introspección para leer en lo más hondo y complejo

de su psique y mostrarla integramente desnuda, y en el contenido filosófico de su numen. En todo esto se concentra la gloria del cantor de las Prosas profanas, audaz como ninguno, raro como pocos, pero selecto y exquisito siempre, prefiriendo a tocar en la mediocridad del vulgo, perderse en los delirios de la locura, ya que en toda locura, como dijo un filósofo, « hay algo de divino ».

Recibió el influjo de la poesía francesa moderna. Victor Hugo y dos de los últimos románticos : Barville y Gautier ; Leconte de Lisle y Heredia, entre los parnasianos ; y, principalmente, el incomparable Paul Verlaine, con algo de Rimbaud y Mallarmé, fueron acaso los poetas de Francia que más pesaron en Darío. A esta influencia francesa hay que agregar la del viejo cantor norteamericano Walt Whitman, el poderoso visionario de las Hojas de Hierba.

Ninguna de estas influencias empequeñeció

nunca la vigorosa individualidad de Darío. El ha sido una de las figuras más personales de la lírica castellana. Ninguna tampoco, ora inglesa, ora francesa, disminuyó lo castizo de su forma poética, pues fué un perfecto conocedor del idioma, y su léxico es inagotablemente rico. Galo unas veces por el espíritu, otras sajón, nunca deja de ser castizo por la forma. Sólo intelectualmente toma el color local de otras nazas distintas de la suya este poeta, casi nunca español, pocas veces americano, y siempre exótico y cosmopolita, siempre él mismo.

A propósito de la forma de Darío debemos hacer notar su profundo sentido rítmico. Darío es el poeta que mayor número de metros y combinaciones ha empleado en castellano. Nadie se le adelanta en este punto ni llega tal vez a igualársele. Ese es uno de los aspectos fundamentales de su obra. Nosotros lo significamos sin detenernos a analizarlo. Estudio aparte demanda esa faceta de su labor de artífice,

y estudio detenido, que no podemos hacer nosotros, que escribimos al vuelo.

Otros lo harán. Ahí están sus libros que conservará y honrará la posteridad. Rubén es ahora cuando comienza a vivir la verdadera vida de la gloria. Nunca esta se intensifica ni se hace tan pura y elevada como cuando muere el elegido sobre quien recal. Mientras el poeta vive parece menos profano atentar contra su fama ; cuando sucumbe, el respeto de la muerte impone el respeto de la gloria.

Descanse en paz el cantor. Su obra queda en pie. A su lado vela eternamente la Gloria, y la revolución literaria que él sintetiza, perdura. El siempre será maestro de maestros ; su fama no amenguará con los siglos, y su « revolución literaria », libre de los extremos de toda revolución, dejará un substractum *renovador en las letras castellanas. Nosotros, los vástagos de esta Patria que Rubén amó siempre y exaltó en la figura imperecedera del más excelso de*

sus hombres, consagramos a su memoria un recuerdo devoto, que vuela hasta su tumba, cavada en el centro, en el corazón mismo de nuestra América.

FIN DEL LIBRO

INDICE

DE MIS TOPICOS DOLIENTES

DE LA VIDA AMARGA

TEATRO BREVE

ANTE UNA LAPIDA

FIN DEL INDICE

ESTE LIBRO

SE IMPRIMIO

EN LA CASA EDITORA

DE « LA REVUE MONDIALE »

DE LOUIS JEAN FINOT,

RUE JACOB, 45

PARIS.

